



**TESTIGO
DE RAZA
UN NEGRO EN
LA ALEMANIA
NAZI**

**TESTIGO
DE RAZA
UN NEGRO EN
LA ALEMANIA
NAZI**
HANS J.
MASSAQUOI

Traducción de Jesús Cuellar

TÍTULO ORIGINAL
*DESTINED TO WITNESS:
GROWING UP BLACK IN NAZI GERMANY*

Publicado por:
Papel de liar

C/ Bruc 63, Pral. 2ª – 08009 Barcelona
Tél.: 93 272 08 50 – Fax: 93 488 04 45

Publicado en Estados Unidos por William Morrow and Company Inc. 1964

Copyright 1999 de Hans J. Massaquoi

Copyright 2008 de la traducción de Jesús Cuéllar

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Global Rhythm Press, S. L.

ISBN: 978-84-936679-3-1

DEPÓSITO LEGAL: B-3026-2009

Diseño gráfico ENRIC JARDÍ
Preimpresión LOZANO FAISANO, S. L.
Impresión y encuadernación SAGRÀFIC

Primera edición en Papel de liar: febrero de 2009

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro –incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet– y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mi madre, Bertha Nikodijevic (1903-1986),
con profunda gratitud*

Agradecimientos

Como ocurre cuando se cría a un niño, para «criar» un libro suele hacer falta un «pueblo» de fieles parientes, amigos y profesionales. *Testigo de raza* no es una excepción. Sin la ayuda de un reducido pero entregado núcleo de colaboradores, seguiría siendo una quimera en los rincones más recónditos de mi cabeza.

A quien más debo reconocerle la ayuda que me prestó para convertir la idea en libro es a mi esposa y mejor amiga Katharine, que durante todas las etapas por las que pasó el texto soportó el comportamiento errático de un genio manos a la obra, asumiendo al mismo tiempo los múltiples deberes de musa, caja de resonancia, cocinera de postín, chófer, etcétera, etcétera, etcétera. En numerosas ocasiones me sacó literalmente del hoyo, midiéndose con mi ordenador compatible y sometiendo ese artefacto tan repugnantemente tozudo a sus designios cada vez que se ponía en huelga o se negaba a cooperar conmigo de uno u otro modo.

Halagos similares tengo que dirigir a mis dos hijos, Steve G. Massaquoi, doctor en medicina y profesor asociado en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), y al abogado Hans J. Massaquoi Jr., socio del bufete Lewis and Munday de Detroit. A pesar de lo mucho que exigen sus carreras profesionales, invirtieron gran cantidad de tiempo en el proyecto, con labores que iban desde leer y comentar el texto (en el caso de Hans), hasta prestarme una ayuda desinteresada (eso creo) en las cuestiones legales relativas a los contratos con los editores y agentes, y a la obtención de los derechos de autor.

También merecen mi gratitud los hermanos de mi esposa, Numa Rousseve, de White Plains, Nueva York, y Elaine Thompson, de San José, California, así como mi amigo Ed Morris, profesor de historia de la televisión en el Columbia College de Chicago. Los tres

leyeron y corrigieron por su cuenta y por amor al arte el texto, y me brindaron multitud de comentarios constructivos.

Aunque sea con retraso, tengo que dar las gracias a mi difunto amigo Alex Haley. Pocos meses antes de su prematura muerte, ocurrida el 10 de febrero de 1992, me devolvió, con múltiples sugerencias de inestimable valor, mi texto inacabado, que amablemente había aceptado comentar.

No podría redactar esta página de agradecimientos sin mencionar a Ralph Giordano, de Colonia, Alemania, amigo de toda la vida y afamado autor de varios superventas, que fue quien, por así decirlo, dio la primera patada a esta pelota. Después de pasarse años animándome para que escribiera mis memorias, un día me llamó para decirme que tenía varias citas concertadas con importantes editores alemanes y que si le enviaba con rapidez una copia del texto en el que estaba trabajando, él se ocuparía de que las personas adecuadas lo leyeran. Poco después de remitirle mi escrito, el interés por mi libro prendió entre los editores alemanes y *Téstigo de raza* inició su andadura.

También me gustaría aprovechar esta oportunidad para dar las gracias al profesor Raymond J. Smyke, de Morges, Suiza, que está preparando una biografía de mi abuelo, el honorable Momolu Massaquoi (1870-1938), y que me proporcionó datos de inestimable valor sobre él.

Debo reconocer que quien me introdujo en el críptico y desconcertante mundo de la edición y quien, de paso, me convenció de que, en lo tocante a los libros, la parte fácil es escribirlos, es mi agente literaria, Sarah Lazin, de Sarah Lazin Books de Nueva York. Sarah ha defendido de manera incansable mis intereses en Europa y en Estados Unidos. También estoy profundamente agradecido a Claire Wachtel, directora ejecutiva de William Morrow, por haber tenido suficiente fe en mi libro como para publicarlo. Asimismo, estoy en deuda con el corrector de pruebas Greg Villepique, que con buen ojo y suma destreza dio los toques finales al texto.

Por último y no por ello menos importantes, tengo que mencionar a (don) Quijote y Sancho (Panza), nuestros dos terriers galeses, que pacientemente me hicieron compañía durante las muchas y solitarias noches en vela que le esperan a quien se embarca en la aventura de escribir un libro.

Prólogo

Escribir sobre uno mismo sin incurrir en la imputación de debilidad, vanidad o vanagloria es una labor de la que muy pocos son capaces; y no tengo yo muchas razones para pensar que pertenezco a esos pocos afortunados.

FREDERICK DOUGLASS

No puedo estar más de acuerdo con los sentimientos que con tanta elocuencia expresaba hará un siglo ese gran abolicionista en el prefacio de su autobiografía *My Bondage, My Freedom*. Si, al igual que Douglass, a pesar de todo decidí hacer pública la historia de mi vida, fue sobre todo debido a la insistencia de personas cuyo juicio literario yo creía irreprochable, es decir, amigos de toda la vida como Alex Haley, autor de *Roots*; Ralph Giordano, de Colonia, autor de *Die Bertinis*; y mi antiguo jefe y mentor, John H. Johnson, director de la revista *Ebony*. Todos ellos me convencieron de que mis experiencias de juventud, las de un muchacho negro que se hizo hombre y sobrevivió en la Alemania nazi siendo testigo ocular y víctima frecuente tanto de la demencia racial hitleriana como de los bombardeos aliados, seguidas de mis años en África, eran tan singulares que, como periodista, tenía el deber de compartir esta perspectiva un tanto diferente del Holocausto. Alex tenía la sensación de que, como yo había formado parte de la Alemania nazi, y al mismo tiempo había sido, paradójicamente, alguien ajeno a ella que estaba en peligro, mi punto de vista sobre algunos de los acontecimientos más catastróficos del Tercer Reich no podía sino ser singular. También me instó a dejar constancia de una experiencia igualmente única: el descubrimiento de mis propias raíces africanas.

Hay cuatro rasgos fundamentales que diferencian el infierno privado que soporté bajo los nazis, tanto de los pogromos sufridos por mis compatriotas judíos en Alemania como de la persecución racial infligida a mis hermanos y hermanas afroamericanos en Estados Unidos.

Ser negro en la blanca Alemania nazi suponía que yo era muy visible y que, por tanto, parafraseando a mi ídolo de infancia Joe Louis, no podía ni escapar ni esconderme.

A diferencia de los afroamericanos, no tenía la ventaja de haber heredado técnicas de supervivencia creadas y perfeccionadas por innumerables antepasados y transmitidas de generación en generación por los oprimidos. Por el contrario, me vi obligado a cruzar un campo minado de potenciales desastres y a desarrollar instintos propios que me indicaran cómo se podía sobrevivir mejor, física y psicológicamente, en un país consumido por la arrogancia y el odio raciales, y abiertamente entregado a la destrucción de todos los «no arios».

Los racistas nazis, al contrario que sus colegas estadounidenses, no cometían sus atrocidades desde el anonimato, cubiertos con sábanas blancas y amparados en la noche. Tampoco operaban como algunos políticos estadounidenses en la actualidad, que alientan sus programas racistas separando a los estadounidenses negros de los blancos mediante eufemismos ingeniosamente enmascarados como «cupos injustos», «discriminación inversa» y «derechos de los estados». Los racistas de la Alemania nazi hacían su trabajo sucio a la luz del día y con el mayor descaro, contando con la absoluta protección, la cooperación y el aliento de un gobierno que había proclamado que contaminar la sangre aria mezclándola con la sangre «inferior» no aria era el pecado capital de la nación.

A todos los efectos, y salvo por el valiente e inagotable apoyo que recibí de mi madre alemana, quien, al tener fe en mí y mis posibilidades, me enseñó a creer en mí mismo, me enfrenté solo a la amenaza constante que para mi propia seguridad suponían las políticas de limpieza étnica nazis. Lo hice sin la sensación de seguridad y de pertenencia que a los seres humanos les proporciona el hecho de ser miembros de un grupo, aunque se trate de un grupo cuestionado. Dada la ausencia de mujeres negras y la prohibición a la mezcla ra-

cial impuesta por el gobierno, al llegar a la pubertad yo carecía de vías de socialización legítimas. En la Alemania hitleriana, al contrario que en la República Federal actual, donde viven miles de africanos, así como los llamados «niños morenos», es decir, los hijos de soldados negros estadounidenses y de madres alemanas, simplemente no había población negra. En cualquier caso, yo no la conocía. Hasta mucho después de la guerra no me enteré de que un reducido número de alemanes negros —los trágicamente denominados «bastardos de Renania», engendrados después de la Primera Guerra Mundial por las tropas de ocupación colonial francesas y belgas— fue aniquilado en los campos de exterminio hitlerianos.

Como lo normal era que los alemanes de mi generación fueran de piel blanca y raza aria, me vi en la obligación de tener que explicar hasta la saciedad las razones por las que alguien de tez oscura y crespo cabello negro hablaba alemán sin acento y decía que había nacido en Alemania. Permítanme, entonces, decir una vez más, y para que quede constancia, que nací en 1926 en Hamburgo, la segunda ciudad más grande de Alemania, porque mi abuelo, cónsul general de Liberia en Hamburgo, se había trasladado allí con su numerosa familia. Su hijo mayor, después de mucho cortejar a mi madre, una enfermera alemana, sería mi padre. Poco después de la llegada de Hitler al poder, mi abuelo y mi padre regresaron a Liberia, y dejaron que mi madre y yo nos las arregláramos como pudiéramos en un entorno racista cada vez más hostil.

La odisea de vivir con el miedo constante a los verdugos de la Gestapo y a los bombardeos aliados no terminó hasta la primavera de 1945, cuando Karl Kaufmann, gobernador nazi de Hamburgo, rindió la destruida ciudad a las tropas británicas en pleno avance, desafiando así a Hitler, que había ordenado que Hamburgo resistiera «hasta el último hombre». Eso que Studs Terkel denomina en su historia oral de la Segunda Guerra Mundial «la buena guerra» fue de todo menos eso. Desde luego, no lo fue para mi madre y para mí, que escapamos por los pelos del infierno de Hamburgo después de sobrevivir a unas doscientas incursiones aéreas británicas y estadounidenses, a la muerte de más de cuarenta mil civiles y a la destrucción de más de la mitad de las casas de la ciudad, entre ellas la nuestra.

Tres años después de la contienda, en 1948, me reuní con mi padre en Liberia. Durante el tiempo que estuve en África no sólo aprendí a apreciar la cultura del continente, sino que también experimenté por primera vez el racismo colonial, tanto francés como británico. En 1950 me permitieron entrar en Estados Unidos con un visado de estudiante de un año. Apenas nueve meses después de mi llegada, cuando el «conflicto» de Corea se hallaba más o menos en su primer tercio, yo, que no era ciudadano estadounidense, fui llamado a filas, parece que por un error burocrático, y serví dos años como paracaidista en la 82 División Aerotransportada.

En múltiples ocasiones, dentro y fuera del ejército, tuve la oportunidad de conocer el lado desagradable de Estados Unidos, de probar su variante de racismo y de compararlo con el racismo nazi. En 1966, en uno de esos incidentes que demostraba con claridad que el racismo, en contra de lo que suele decirse, no se circunscribía al Sur segregacionista, me uní a una «marcha por la libertad en la vivienda», dirigida por el Dr. Martin Luther King en el barrio totalmente blanco de Gage Park, en Chicago. Mientras King dirigía la oración de nuestro pacífico grupo, una comunidad blanca enfurecida, a duras penas contenida por los escasos policías destinados a protegernos, nos acibilló a pedradas y nos lanzó toda clase de improperios.

Otro de los incidentes me ocurrió cuando, vestido con mi uniforme militar y viajando en un tren de Chicago a Fayetteville, Carolina del Norte, donde había de reincorporarme a mi puesto en Fort Bragg, un revisor blanco me agredió porque, al quedarme dormido, no me había trasladado al «vagón de color» cuando el convoy, de camino al Sur, había cruzado la Línea Mason-Dixon.

—¡Levanta ese culo negro de aquí y vete adonde tienen que estar los negros como tú! —me gritó el revisor, un ajado hombre blanco, después de darme una patada por detrás.

En lugar de arriesgarme a ser linchado por golpear a un viejo blanco, que es lo que me pedía el cuerpo, controlé mi furia, recogí mi petate e hice lo que me ordenaban.

Esas humillaciones se hacían casi insufribles, pero desde pequeño había aprendido que lo importante es sobrevivir. La recompen-

sa a mi aguante fue la *GI Bill*,* gracias a la cual pude tener la educación universitaria que me había negado la Alemania nazi. Entre clase y clase logré cortejar, conquistar y tomar como esposa a una joven trabajadora social de San Luis. Aunque el matrimonio terminó en divorcio después de catorce años, nos trajo la bendición de dos hijos excelentes, gracias a los cuales tuve la energía necesaria para alcanzar mis modestos éxitos.

Provisto de una licenciatura en periodismo y comunicación por la Universidad de Illinois, ocupé puestos editoriales de poca importancia hasta que entré en la Johnson Publishing Company como redactor jefe del semanario de información negro *Jet*. Un año después pasé a ocupar un puesto similar en *Ebony*, publicación mensual profusamente ilustrada y buque insignia de la empresa.

De la noche a la mañana me convertí en participante activo, observador y reportero del principal movimiento social y político del siglo: la lucha por la igualdad racial que los negros libraron durante las décadas de 1950, 1960 y 1970 en Estados Unidos, el África colonial y las Antillas. A lo largo de mis casi cuarenta años de carrera profesional en *Ebony*, durante los cuales accedí al puesto de jefe de redacción y entré a formar parte del equipo directivo de la revista, dispuse de un lugar privilegiado para contemplar algunos de los acontecimientos históricos más importantes de nuestra época y conocer personalmente a algunas de sus más destacadas personalidades, entre ellas tres presidentes de Estados Unidos (Carter, Reagan y Bush), al tiempo que me ocupaba de una amplia gama de asuntos en este país, en África, Europa, Asia y el Caribe. Así cubrí todo el abanico de entrevistas exclusivas, desde las realizadas a hombres de Estado, entre ellos los presidentes Nnamdi Azikiwe de Nigeria, Tseretse Khama de Botsuana, William Tolbert de Liberia, y Sam Njomo de Namibia, hasta las protagonizadas por un número considerable de «leyendas vivas» como Lena Horne, Diana Ross, Shirley Temple Black, Joe Louis, Max Schmeling y Muhammad Alí; pasando por los primeros ministros jamaicanos Michael Manley y

* Ley aprobada en 1944 que concedía prestaciones en materia de educación y de otra índole a quienes hubieran formado parte de las fuerzas armadas estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial. (*Todas las notas son del traductor.*)

Edward Seaga, y defensores de los derechos civiles como Martin Luther King, el reverendo Jesse Jackson y Malcolm X.

Investigar e informar de los logros de los negros durante tanto tiempo tuvo sin duda muchas compensaciones. Pero, para mí, la más importante fue que me permitió descubrir mis propias raíces psicológicas después de doce años de maltrato deshumanizador y degradante sufrido a manos de los nazis. Fue la solución al conflicto que tantas personas de origen étnico mixto sufren al abordar su identidad racial. Sin sentirme negro y orgulloso de mí mismo, no podría ser un testigo viviente de la continua y heroica lucha por la supervivencia y la igualdad de los negros en los racistas Estados Unidos, ni documentar artículo tras artículo sus incontables triunfos frente a obstáculos asombrosos. El momento de gloria en la lucha por los derechos civiles, la Marcha sobre Washington de 1963, durante la cual estuve en el Monumento a Lincoln y escuché pronunciar al Dr. King el inolvidable discurso en el que dijo «Tengo un sueño», sigue siendo uno de mis recuerdos más queridos, y de los que más me llenan de orgullo.

De joven, mientras crecía entre gente común y corriente de Alemania, asistí al ascenso de uno de los regímenes más opresivos nunca concebidos por el hombre, y, después de doce años que transcurrieron con insufrible lentitud, presencié su aparatosa y bien merecida desaparición. Desde mi atalaya contemplé directamente cómo el veneno nazi, preparado por Hitler y servido por un astuto manipulador llamado Joseph Goebbels, ministro de Instrucción Pública y Propaganda del Tercer Reich, realizaba su ponzoñosa labor sin prisa pero sin pausa, hasta transformar a hombres y mujeres respetables, afectuosos y razonables, en racistas fanáticos que estaban de acuerdo en destruir a cualquier persona o cosa que no encajara con las concepciones de un nuevo orden que se tomaba al pie de la letra su himno nacional: *Deutschland Über Alles*, «Alemania sobre todo». Se suele decir que el hecho de que, como pueblo, los alemanes estuvieran más que dispuestos a aceptar las órdenes que marcando el paso les daba un atajo de oportunistas políticos sin escrúpulos, dirigidos por un loco sediento de sangre, demuestra que todos ellos estaban contaminados y que, por tanto, eran culpables. No estoy de acuerdo. Sé que un gran número de alemanes —por

desgracia no los suficientes para tener una influencia crucial— siguieron siendo seres humanos decentes, a pesar de las presiones ejercidas por los líderes nazis y de que la decencia fuera entonces algo que no estaba en absoluto de moda. Yo pude sobrevivir y salir bastante indemne de ello gracias a algunos de esos ciudadanos que no sucumbieron a la tentación de seguir la corriente de locura racial imperante y que nunca degradaron mi condición de ser humano. En gran medida, el hecho de que yo, oficialmente un no ario, escapara al exterminio, la esterilización o la experimentación médica en uno de los campos de la muerte hitlerianos lo atribuyo a dos venturosas coincidencias. A diferencia de los judíos, los negros éramos tan pocos que fuimos relegados a un segundo lugar en la cola del exterminio nazi. Además, el avance inesperadamente rápido de la gigantesca maquinaria militar aliada mantuvo a los nazis preocupados por su propia supervivencia y, en muchos casos, aplastó a los verdugos de la Gestapo antes de que pudieran dar los toques finales a su limpieza étnica. En consecuencia, logré filtrarme por las grietas del plan de asesinato masivo más importante y sistemático de la historia contemporánea, con el afortunado resultado de que todavía estoy vivo y puedo relatar por escrito mi existencia.

Para volver sobre acontecimientos que ocuparon más de siete décadas, he recurrido sobre todo a mi propia memoria, a documentos personales y, en el caso de hechos anteriores a mi nacimiento o a mi capacidad para recordar, a los recuerdos de mi madre y de otros parientes de Alemania, Estados Unidos y Liberia. Como no todos los episodios son halagüeños, he cambiado algunos nombres para evitar bochornos indebidos a los afectados.

Testigo de raza

Breve encuentro

Cuando una hermosa mañana estival de 1934 llegué a la escuela, Herr Grimmelhäuser, nuestro maestro de tercer grado, comunicó a la clase que el director, Herr Wriede, había dado la orden de reunir en el patio al alumnado y el cuerpo docente. Allí, ataviado con el pardo uniforme nazi que solía vestir en las grandes ocasiones, éste anunció que «el más esplendoroso momento de nuestras jóvenes vidas» era inminente, que el destino nos había escogido para estar entre los agraciados por la fortuna de contemplar a «nuestro amado führer Adolf Hitler» con nuestros propios ojos. Era ése un privilegio, nos aseguró, que nuestros hijos aún no nacidos y los hijos de nuestros hijos envidiarían en tiempos venideros. Yo tenía entonces ocho años y no había advertido que, de los casi seiscientos chicos congregados en aquel patio, era el único a quien Herr Wriede no se dirigía.

Creyéndose lo que había dicho el director, toda la escuela no tardó en bullir ante la perspectiva, inusual y totalmente inesperada, de disfrutar de un día prácticamente libre. A todos nos habían inculcado a conciencia el heroico ascenso al poder del Führer y sus sobrehumanos esfuerzos para liberar a Alemania de la esclavitud sufrida desde su derrota en la Primera Guerra Mundial en aras de la recuperación de su gloria y la preeminencia de antaño. Para entonces ya sentíamos la omnipresencia del Führer. Sus retratos aparecían por doquier: en todo el colegio, en los edificios públicos de la ciudad, en carteles y sellos de correos, en periódicos y revistas. Todavía más impactantes resultaban el timbre de su voz, ya tan familiar por la radio, y sus fascinantes comparencias en los noticiarios semana-

les del cine del barrio. Ahora tendríamos la oportunidad de ver con nuestros propios ojos a este legendario salvador y benefactor de la *Vaterland*. La mayoría de los estudiantes, yo incluido, sentía que las emociones que nos aguardaban escapaban a nuestra capacidad de comprensión.

Animados por nuestro propio entusiasmo y flanqueados por nuestros profesores, desfilamos durante casi una hora hasta llegar a un punto de la Alsterkrugchaussee, una gran avenida que conducía al aeropuerto de Hamburgo, situado en la periferia, en Fuhlsbüttel. A los lados de todo el camino que conducía desde el aeropuerto de Hamburgo al ayuntamiento, el venerable Rathaus, en el centro, que la comitiva de automóviles del Führer debía recorrer, había miles de personas al borde de la histeria. Ajustos de camisas pardas, agarrados de las manos formando una interminable cadena humana, impedían que la gente inundara la calle. Durante horas, sentados en el bordillo detrás de las unidades de las SS y las SA, los niños soportamos una angustiosa espera. Sin embargo, justo cuando nuestra crispada paciencia estaba llegando al límite, las multitudes comenzaron a bramar en un crescendo ensordecedor. Cerca, una banda de las SS que desfilaba acometió la trompetería inicial de «Badenweiler Marsch», una de las melodías favoritas de Hitler, elegida como señal oficial de su llegada. Éste era el momento que todos esperaban. Erguido junto al conductor de su Mercedes negro descapotable, con la mano derecha extendida para hacer el conocido saludo nazi y con la vista fija e inexpresiva al frente, el Führer pasó por delante como a paso ligero.

El «momento más importante de nuestra vida», para el que nos había preparado el director Wriede, sólo había durado unos pocos segundos, que, sin embargo, a mí me parecieron una eternidad. Allí estaba yo, un niño de ocho años de cabello crespo y piel oscura, en un mar de muchachos rubios y de ojos azules, pletórico de un patriotismo infantil que aún se escudaba en una dichosa ignorancia. Al igual que todos los que me rodeaban, ovacioné al hombre que dedicaba todas sus horas de vigilia a la destrucción de «gente inferior no aria» como yo, al mismo hombre que apenas unos años después conduciría a su propia nación a la mayor catástrofe de su prolongada historia, y llevaría el mundo al borde de la destrucción.

Momolu Massaquoi

La historia de cómo entré a formar parte de esa multitud fanática y enfervorizada no comenzó el 19 de enero de 1926, fecha de mi nacimiento. Tampoco, como cabría suponer, en Hamburgo, la ciudad en la que nací, sino que se inició cinco años antes, a unos cinco mil kilómetros de distancia, en la ciudad africano-occidental de Monrovia, Liberia, cuando un presidente tomó la artera decisión de librarse de un potencial rival político, Momolu Massaquoi, futuro abuelo paterno mío.

Hacía ya tiempo que Charles Dunbar King, decimocuarto presidente de Liberia, veía en la creciente popularidad del ambicioso Massaquoi un peligro potencial. Éste, educado en Estados Unidos, había sido el príncipe hereditario de la nación tribal Vai, situada a caballo entre Liberia y la colonia británica limítrofe de Sierra Leona. A los treinta años, después de que una disputa entre tribus le obligara a abdicar la corona heredada a la muerte de sus padres, el rey Lahai y la reina Sandimannie, que había ostentado durante diez años con el nombre de Momolu IV, probó fortuna en la política de Monrovia. Y contribuyó enormemente a su propia causa despojándose de sus cinco esposas tribales y contrayendo matrimonio con una hermosa joven, Rachel Johnson, quien, por una azarosa coincidencia, era la nieta, bien conectada política y financieramente, de Hilary W. R. Johnson, primer presidente liberiano nacido en el propio país. El matrimonio no sólo fue gratificante para el ilimitado aprecio que Massaquoi sentía por la belleza femenina, sino también para sus ambiciones, porque le concedió algo imprescindible para triunfar en la política liberiana: la aceptación social de la clase dirigente «americano-liberiana» (ésta era la denominación preferida por los descendientes de los esclavos americanos que habían fundado la república en 1847, antes de establecer un rígido sistema de castas destinado a mantener a la población tribal en un perpetuo estado de impotencia política y económica).

Gracias a su astucia política, a su encanto y a un tosco atractivo físico, Massaquoi no tardó en progresar, y ocupó diversos cargos públicos importantes, entre ellos el de secretario de Interior, responsable del acercamiento entre los jefes tribales y el gobierno libe-

riano, de la investigación de las quejas de las tribus y de la solución de sus disputas. El aristocrático Massaquoi, con el amplio apoyo popular, tanto de su clase de adopción americano-liberiana como de su pueblo en el interior, se convirtió en un poder político con el que había que contar. A la vez que se tornó objeto de los chismorreos de la alta sociedad política, que lo vendía como próximo ocupante del Palacio Ejecutivo. Algunos de esos chismorreos llegaron a oídos del presidente King, que vio llegado el momento de ponerles fin. El problema era cómo hacerlo, aunque no tardaría mucho en hallar una solución.

Ésta llegó en forma de visita de un representante del primer gobierno alemán de la posguerra, presidido por Friedrich Ebert. El enviado germano, un tal doctor Busing, se reunió con King en el Palacio Ejecutivo para tratar de estrechar las relaciones entre Liberia y Alemania. En la reunión también estaba presente el secretario de Interior, Momolu Massaquoi.

El presidente y el titular de Interior liberianos se levantaron cuando el enviado, bajito y un tanto obeso, entró en el despacho que King tenía en el Palacio Ejecutivo. El alemán llevaba un arrugado traje de lino blanco y un salacot también blanco con el que no dejaba de abanicarse, intentando en vano mitigar el sofocante calor tropical.

Al contrario que su visitante, los dos liberianos parecían frescos y cómodos. Tanto King, un hombre alto y elegante de espeso bigote, como Massaquoi, corpulento, bien afeitado y de facciones marcadas, lucían trajes de un impecable gris oscuro, hechos a la medida en Londres, con los rígidos alzacuellos entonces en boga que, de un blanco inmaculado, contrastaban enormemente con sus rostros negros.

Cuando los tres encendieron sus puros y se sentaron, el alemán abordó el objeto de su visita. Hablando un inglés preciso y fluido con fuerte acento alemán, explicó que tanto el presidente Ebert como el ministro de Asuntos Exteriores, Walther Rathenau, le habían pedido que mostrara su gratitud al presidente King por la disposición a escuchar su propuesta.

Su gobierno, continuó diciendo, pensaba que había llegado el momento de que Alemania y Liberia entablaran relaciones diplo-

máticas mediante un intercambio de cónsules generales. Dicho intercambio, explicó Busing, sería mutuamente beneficioso porque podría facilitar la apertura de un mercado vital para las materias primas y para productos como el caucho, el cacao y el aceite de palma liberianos, proporcionando al tiempo a Alemania un acceso libre de obstáculos a esas mercancías esenciales, del que carecía desde que, al perder la guerra, los Aliados le habían privado de sus colonias africanas.

El presidente King no sólo mostró interés en la propuesta sino que insistió en que se pusiera en práctica lo antes posible. El enviado advirtió que el éxito del plan dependería en gran medida de la elección del hombre adecuado para el puesto. Lo que el presidente necesitaba, señaló, era un hombre de cualidades extraordinarias. Debía ser de gran inteligencia, elocuente y de cuidada formación. También debía tener un profundo conocimiento de África en general, y de Liberia y su cultura en particular; además, para triunfar en la clasista Alemania, debía tener dotes excelentes para relacionarse en sociedad.

—Creo que tengo exactamente a la persona que usted busca— respondió el presidente, con una mirada inequívoca a su secretario de Interior—, de hecho, sé que lo tengo.

Seis meses después de la visita del emisario alemán, el 12 de junio de 1922, Momolu Massaquoi, recién nombrado cónsul general de Liberia en Alemania, llegaba a Hamburgo junto a su esposa Rachel, sus hijos Nathaniel, de diecisiete años, Arthur, de uno, y Fatima, de diez, a bordo del vapor *Wigbert*, de la compañía alemana Woermann Line, para ocupar su nuevo puesto. En África habían quedado cinco de los seis hijos varones adultos que tenía de matrimonios anteriores, Jaiah, Manna, Jawa, Bei James y Abraham. Su hijo mayor, Al-Haj, ya se había trasladado antes a Europa para emprender sus estudios en Dublín, Irlanda.

Hermann Baetz

Corría una glacial mañana de domingo de febrero del año 1905. Como tantas otras veces, el capataz de la cantera Hermann Baetz

iba de camino hacia el invernal paisaje boscoso de la espectacular cordillera de Harz, cerca de la pequeña localidad de Uftrungen. Se dirigía al polvorín, donde se guardaba gran cantidad de dinamita, para recoger unos cartuchos con los que hacer una voladura a la mañana siguiente. Normalmente, no se tardaba mucho en recorrer el camino entre la cantera y el polvorín, pero aquel día la capa de nieve alcanzaba casi treinta centímetros de altura, y Meister Baetz avanzaba muy lentamente. Era un hombre robusto, de altura media, y, como la mayoría de los alemanes que se preciaban de serlo en la época, lucía el símbolo de la virilidad, un espeso bigote con las puntas ensortijadas.

Esa mañana estaba inquieto, y con razón. Durante el último mes había visto en dos ocasiones muy de cerca a la muerte. La primera había sido en la cantera, cuando, mientras ascendía por una escarpada pared sirviéndose de una escala de cuerda, con el fin de señalar en qué lugar había que hacer agujeros para la voladura, una de las dos cuerdas principales de la escala se rompió. Por fortuna, pudo agarrarse a un travesaño el tiempo suficiente para que algunos de sus hombres lo rescataran. Unos días después, cuando estuvo a punto de morir aplastado por una roca desprendida que no le alcanzó por pocos centímetros, se dio cuenta de que todo aquello no eran accidentes. Una cuidadosa revisión de la escala rota y de la roca desprendida confirmó sus sospechas. Los habían manipulado; alguien quería verle muerto.

Ya antes de los «incidentes», su esposa Martha le había aconsejado que extremara las precauciones. Desde que él le contara que había despedido a seis trabajadores italianos para sustituirlos por desempleados alemanes, ella temía por su seguridad. Aunque Baetz no tenía nada en contra de los extranjeros, era un patriota alemán de principios sencillos, y entre ellos figuraba la firme convicción de que la caridad bien entendida empieza en la propia casa. Durante años, cuando no había desempleo, varios italianos habían trabajado en la cantera. Sin embargo, la norma no escrita había sido siempre que eran los últimos en conseguir trabajo y que, si éste escaseaba, serían los primeros en perderlo. En general, los italianos, sintiéndose no queridos o, en el mejor de los casos, tolerados como un mal menor, estaban molestos con los alemanes. Pero con buen criterio

se guardaban su resentimiento. Vivían en las peores casas de los arrabales de la localidad, y sus contactos con la población autóctona eran mínimos, algo que a ésta no le molestaba en absoluto.

Con la advertencia de su esposa en mente, aquel día Meister Baetz se acercaba con cautela al polvorín. Pero al entrar en él, una ensordecedora explosión desgarró el silencio del bosque, e hizo que el suelo temblara con una cadena de ecos que se oyeron a muchos kilómetros a la redonda. Todo el mundo pudo escucharlos, pero no Meister Baetz.

Cuando Martha oyó la explosión, supo enseguida que algo horrible le había ocurrido a su marido. Aunque estaba embarazada de casi ocho meses, reunió a toda prisa a los tres hijos más pequeños de los ocho que tenía, Bertha, de dos años, Frieda, de cinco, y Karl, de siete, y todos juntos corrieron lo más deprisa que les permitieron las piernas a buscar ayuda en el pueblo. Sin embargo, varios picapedreros, alertados por la explosión, inusual en un domingo, ya habían formado un pequeño grupo que iba de camino a la cantera. Martha se dispuso a seguirlos, pero las esposas de otros canteros, dándole su apoyo, la retuvieron. Cuando los hombres volvieron a última hora de la noche, su expresión era sombría. Traían noticias aún peores de las que Martha se había temido. Lo único que habían encontrado donde antes estaba el polvorín era un gigantesco cráter, algunos troncos hechos trizas de la antigua cabaña y un trozo de una pesada cadena que había sido cortado con una sierra. De Meister Baetz no quedaba más rastro que un botón de nácar de su chaleco y los espeluznantes restos del dedo gordo de su pie derecho.

Las investigaciones que se llevaron a cabo al día siguiente concluyeron que Hermann Baetz había sido víctima de un crimen cometido por uno o varios asesinos, que por medios no identificados habían producido la explosión en el momento en que el capataz entraba en el polvorín. Sospechas fundadas apuntaban que se trataba de un acto de venganza perpetrado por algunos de los trabajadores italianos despedidos, pero no aparecieron pruebas concluyentes que vincularan a persona alguna con el crimen. A las pocas semanas, cuando pasó la conmoción por el desastre, la vida en Ufrungen volvió prácticamente a la situación anterior. Pero la explosión de ese domingo de febrero de 1905 había hecho añicos el mundo de

Martha y de sus hijos. Un día después del funeral y del entierro de los escasos restos mortales de su esposo, Martha tuvo que desalojar la casita de la cantería para que la ocuparan el nuevo capataz y su familia. Sus penurias se agravaron aún más cuando su ya numerosa prole aumentó con la inoportuna llegada de otra niña, Clara, el noveno de sus hijos. Pese a los obstáculos aparentemente insalvables, Martha, de apenas cuarenta años, resistió y crió a su familia lo mejor que pudo. De ciudad en ciudad, en busca de trabajo y de una vivienda al alcance de sus posibilidades, limpiaba casas, hacía coladas y asistía en bautismos, bodas y funerales. Al final, ella y sus hijos se establecieron en Nordhausen, una pintoresca localidad medieval, donde Martha, recurriendo a su antigua formación de comadrona, logró vivir con cierto desahogo ayudando a venir al mundo a los pequeños del municipio.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial en julio de 1914, Martha, que ya rayaba los cincuenta, había conseguido en cierto modo el objetivo que se había fijado: criar a sus hijos como personas respetables hasta que pudieran valerse por sí mismos. Anna, la mayor, de treinta y un años, estaba felizmente casada con un carnicero bien situado y tenía sus propios hijos. Hermann, de veintiocho, era capataz de una propiedad agraria. Martha, de veinticinco, trabajaba de costurera cualificada. Hedwig, de veinticuatro, se ganaba la vida como cocinera en la residencia de una familia rica. Paul, de dieciocho, acababa de terminar su período de aprendizaje de repostero, y, con dieciséis, Karl estaba terminando el suyo para convertirse en sastre. Sólo seguían viviendo con Martha sus tres hijas pequeñas, Frieda, de catorce años, Bertha, de once (que, a su debido tiempo, se convertiría en mi madre), y Clara, de nueve. Aunque los hijos de Martha eran muy distintos entre sí por disposición, temperamento y actitud ante la vida, todos compartían la inflexible desconfianza de su madre hacia los italianos, un prejuicio que con los años ella había hecho extensible a todos los católicos.

Al ir prolongándose la guerra, uno tras otro los muchachos de Baetz fueron alistándose en el Ejército Imperial de su majestad el Káiser Guillermo II: Hermann entró en artillería, Paul en infantería y Karl en caballería. Los tres sirvieron con valor y destacaron en los campos de batalla de Francia, tal como sabían que su padre ha-

bría querido. De ese modo, Hermann logró la Cruz de Hierro de Primera Clase, pero perdió el ojo derecho. Cuando los hermanos regresaron a la vida civil en 1918, después de que el ejército alemán se rindiera y el Káiser se exiliara en Holanda, la tasa de desempleo castigaba Alemania y el futuro no era nada halagüeño. Esto dio a Hermann, el más aventurero de los hermanos, la idea de probar suerte en Estados Unidos, tierra de oportunidades ilimitadas, donde, según había escuchado, se decía que los empleos «iban buscando trabajadores». El plan era que, tan pronto como comenzara a asentarse en el Nuevo Mundo, enviaría a buscar al resto de la familia. A primeros de la década de 1920, Hermann se embarcó rumbo a Nueva York, para después trasladarse a Chicago, donde le habían prometido un trabajo de manitas en un restaurante alemán. Después de tres años de ir ahorrando cualquier moneda de la que pudiera prescindir, había reunido dinero suficiente para cumplir la promesa de traer a Paul, Martha, Hedwig y Clara. Karl y Frieda debían ser los siguientes, pero se habían casado y decidieron quedarse en Nordhausen con su madre, cuya diabetes había empeorado hasta el punto de imposibilitar por completo su traslado a Estados Unidos. Bertha, que acababa de terminar sus estudios de ayudante de enfermera en un hospital local, y que también se había estado preparando para reunirse con sus hermanos en Estados Unidos, de repente cambió de idea. Al enterarse de que había una vacante en un pequeño hospital privado de Hamburgo, ciudad portuaria que siempre le había fascinado, hizo su maleta, dijo adiós con un beso a su madre y a su vida provinciana, y saltó al siguiente tren con destino a Hamburgo. Con el tiempo, descubriría que ese salto había sido mucho más grande de lo que nunca hubiera podido imaginarse en sus sueños más exagerados.

El primer «embajador» africano en Alemania

La República de Weimar que siguió a la Primera Guerra Mundial, en la que el recién nombrado cónsul general Massaquoi hizo su debut diplomático en la primavera de 1922, era un impredecible volcán a punto de entrar en erupción. Los disturbios callejeros, fruto

de la insatisfacción que generaba el desempleo y de una inflación fuera de control, estaban a la orden del día. Había continuos enfrentamientos violentos entre partidos políticos opuestos, que cubrían todo el espectro político, desde la extrema izquierda a la extrema derecha. Los nacionalistas, enfurecidos por las cláusulas extremas que los vencedores de la guerra habían impuesto a Alemania en el Tratado de Versalles, daban rienda suelta a su ira arremetiendo contra los judíos, a los que calificaban de traidores y de conspiradores. Dos semanas después de que Massaquoi ocupara su cargo en Hamburgo, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, el judío Walther Rathenau, pieza clave para que iniciaran los pagos de las reparaciones exigidas por el Tratado de Versalles, fue abatido a tiros por fanáticos antisemitas de derechas cuando se trasladaba en coche descubierto a su despacho berlinés. El fallido *putsch* de la cervecería de Múnich que tuvo lugar el siguiente mes de noviembre, en el que un austríaco desconocido llamado Adolf Hitler trató de derribar al gobierno estatal de Baviera y al ejecutivo central de Berlín, fue sólo uno de los muchos intentos de desestabilización de la República, ya de por sí inestable.

A pesar de lo poco halagüeño de la situación, el enviado liberiano se sintió como el pez en el agua del dicho popular en el nuevo puesto y en la nueva vida diplomática de la que disfrutaba en la próspera metrópolis hanseática. Como primer representante oficial de África en Alemania desde que ésta perdiera sus más de dos millones y medio de kilómetros cuadrados de territorios coloniales junto a sus más de catorce millones de habitantes, Momolu Massaquoi se convirtió en la personalidad africana más visible del continente europeo. A los pocos años se había convertido en uno de los miembros más conocidos y mejor considerados del cuerpo consular de la ciudad portuaria, y era uno de los anfitriones más solicitados por algunos de los más importantes y distinguidos residentes y visitantes de la ciudad. Nacionalistas africanos que, como el keniano Jomo Kenyatta, se enfrentaban al colonialismo desde el exilio europeo, descubrieron en el agradable ambiente de la villa que Massaquoi tenía cerca del río Alster, en el número 22 de la Johnsallee, situada en el acaudalado barrio de Rotherbaum, un entorno ideal para sus estratégicas reuniones secretas. Entre las personalidades que en uno u

otro momento disfrutaron de la hospitalidad del enviado liberiano se encontraban defensores de los derechos civiles, artistas del mundo del espectáculo, intelectuales y atletas estadounidenses. De ellos, los más destacados fueron el cantante, actor y activista Paul Robeson, W. E. B. Du Bois, cofundador de la NAACP (Asociación para el Avance de la Gente de Color, en sus siglas inglesas), el poeta Langston Hughes, la estrella de jazz Louis Armstrong, el ex campeón de los pesos pesados Jack Johnson, el tenor lírico Roland Hayes y el académico Alain Locke. A algunos de ellos Momolu los conocía desde su época de estudiante en Estados Unidos.

Además de atender a sus muchas responsabilidades consulares, Momolu todavía encontraba tiempo para escribir y dar clases y conferencias sobre idiomas africanos —sobre todo el vai—, en diversas instituciones, entre ellas la prestigiosa Universidad de Hamburgo, y para traducir la Biblia a esa lengua. Demostrando que como comunicador iba muy por delante de su tiempo, escribió y publicó un hermoso folleto ilustrado, titulado *La República de Liberia*, que, por lo que a Alemania le tocaba, puso el país africano literalmente en el mapa. Escrito originalmente en inglés y traducido al alemán en las siguientes páginas, el folleto manifestaba abiertamente el objetivo de su autor: «Dejar claro qué es Liberia, qué ideal representa y qué ofrece al mercado mundial para perpetuar el progreso de la civilización y el avance de la raza humana». Además de granjearse amigos para Liberia y de influir en la gente, el folleto también ponía de manifiesto la firmeza del pulso político y diplomático de Massaquoi. En su primera página aparecía, llenando todo el espacio, una foto del presidente King vestido con un deslumbrante frac y engalanado de condecoraciones, mientras que había que llegar a la página veinticinco para encontrar una foto del autor, mucho más pequeña, con un traje de vestir corriente.

Para entonces, los principales elementos que se precisaban para mi posterior llegada a esta tierra iban colocándose poco a poco en su sitio. Aunque el destino necesitó aún de algunos empujones aquí y allá para producir la «rareza» de mi nacimiento alemán. Uno de ellos consistió en la amígdalitis que sufrió el que habría de ser mi abuelo. Durante el breve tiempo que pasó en el hospital para que le extirparan las amígdalas, este caballeroso VIP encandiló a doctores

y enfermeras y no tardó en convertirse en el paciente más conocido, y, por tanto, el más mimado, del pabellón. Cuando le dieron el alta, el antiguo rey se sintió obligado a devolver el trato tan apropiadamente regio que había recibido y ofreció a los doctores y las enfermeras que le habían cuidado una espléndida fiesta en su villa.

En el ágape, y éste es otro pequeño empujón del destino, estaba presente el hijo mayor de Momolu, Al-Haj, de veintiséis años, que casualmente se había ausentado por vacaciones del Trinity College dublinés donde estudiaba. Al-Haj, un apuesto joven «americano-liberiano» del cabo Palmas y educado en Londres, al que su padre y su madre habían consentido desde muy pequeño, acabó convirtiéndose, como era de esperar, en un muchacho egocéntrico acostumbrado a salirse con la suya. Además de estos atributos aprendidos, bastante perjudiciales, tenía la buena suerte de contar con bastantes de las capacidades intelectuales de su padre y con su habilidad para encandilar, sobre todo, a los miembros del sexo opuesto. La noche de la fiesta, mientras se paseaba entre los invitados del cónsul, descubrió a una hermosa joven de pelo castaño, de apenas veinte años, que estaba de pie, sola, en una esquina del abarrotado salón de recepciones. Divirtiéndose con la evidente incomodidad que a la joven le causaba la conversación de un desconocido, se presentó diciéndole:

— Soy Al-Haj Massaquoi. ¿Habla usted inglés?

La muchacha negó con la cabeza, y le dijo en alemán que lo sentía, pero que no lo comprendía:

— *Es tut mir leid. Ich verstehe nicht.*

— En ese caso, tendremos que arreglarnos con el poco alemán que yo sé — contestó en un alemán fluido, pero con mucho acento —. ¿Cómo se llama?

— Bertha — respondió ella mientras estudiaba tímidamente al elegante joven africano, su impecable traje a medida de Saville Row, su hermoso rostro, como de terciopelo negro, su cortísimo cabello, también negro, y su bigote, cuidadosamente recortado.

Se fijó especialmente en sus manos, bien formadas y de aspecto fuerte, y en la increíble blancura de su impoluta dentadura, y pensó en lo diferente que era de los jóvenes de Nordhausen, su pueblo natal, torpes, de hablar brusco y modales ordinarios. La mayoría de

los muchachos con los que había ido a bailar eran jornaleros o tenderos.

—No tiene por qué tenerme miedo —le dijo Al-Haj—. No muerdo. No sé qué le han dicho sobre nosotros, los africanos, pero puedo asegurarle que no soy caníbal.

Azorada ante la posibilidad de que hubiera confundido su reticencia con miedo, Bertha se apresuró a decirle que nada de eso se le había pasado por la cabeza. Por ese motivo, cuando Al-Haj le preguntó si al día siguiente aceptaría ir con él a dar una vuelta en su coche nuevo, regalo de su complaciente padre, no dudó en aceptar. El paseo en automóvil, al que siguieron muchos otros, fue el comienzo de un vertiginoso cortejo durante el cual Bertha se enamoró perdidamente de Al-Haj. Viajando entre Dublín y Hamburgo tanto como le permitían sus estudios, el joven africano la llevaba a los locales nocturnos más frecuentados de la Reeperbahn del barrio de St. Pauli, a carreras de caballos, al teatro, a la ópera, e incluso a combates de boxeo. En ocasiones visitaban otras ciudades, como Berlín. En medio de tanta actividad, Al-Haj seguía posponiendo el viaje al altar hacía tiempo prometido, explicándole a Bertha, siempre que ella planteaba el asunto, que sus exámenes no le dejaban tiempo suficiente para planear y llevar a cabo la grandiosa boda que merecía el hijo del cónsul general liberiano. Sin embargo, el destino ya había dado su empujón definitivo. El martes 19 de enero de 1926, sin anunciarme y con dos meses de adelanto, hice mi debut en la Krankenhaus de Eppendorfer. Mi madre me llamó Hans-Jürgen, siguiendo la moda de poner nombres compuestos que imperaba entonces, y, en su momento, como la mayoría de los niños alemanes, comencé a llamarla Mutti. Por una insólita coincidencia, sólo seis meses después, el 31 de julio, Rachel, la esposa de Momolu, le dio otro hijo varón, y a mí un tío pequeño, al que llamaron Fritz.

Entretanto, mi abuela materna, Martha Baetz, gravemente enferma de diabetes, había viajado a Estados Unidos para realizar «una última visita» a los hijos que se habían establecido en Chicago y sus alrededores. Antes de que mi abuela pudiera recibir la carta en la que Mutti le anunciaba mi nacimiento, mi madre recibió otra con ribetes negros de una de sus hermanas, en la que le comunicaba que su madre había muerto en Chicago, donde había sido enterrada.